

## I – SER O NO SER

Ser cristiano es siempre lo más difícil. Como abogar por la paz bajo los estruendos de la guerra, o prodigar amor estando completamente sumergido -no absorbido- en la “civilización” del egoísmo y la impiedad, ser cristiano hoy supera los límites del sacrificio para convertirse en un sacrificio “fuera de moda”. Pero, quizás en Cuba, la apoteosis de esta realidad tendrá una significación especial: ser católico en medio de la sociedad apunta hacia una proyección frustrada en su plenitud.

Uno llega a arrepentirse, consigue tomar en serio la variante de desistir, deshacerse de la contingencia de seguir al Cristo vivo simularía un paliativo a las presiones cotidianas, plegándose a la tendencia mecánica de la vida ordinaria, tan poco enaltecedora. A no ser por ese ardor implacable, seguido de una profunda paz que nos sostiene y nos preocupa -cuando la mayor dificultad resulta llevadera- uno estaría en condiciones de retirarse. Sin embargo, hay a lo largo del camino un punto sin retorno, porque a pesar de cualquier tormento ya se han quemado las naves.

## II – ANATOMÍA DEL NO SER

Tal vez la clave de la existencia no radique sólo en el mundo interior. La vida nos lanza de repente, a la manera de un filme, contra el inmenso ruedo del ambiente socio-histórico donde esa interioridad conocerá oportunidades de diluirse o robustecerse. Tal vez en semejante juego de imprevistos se esconda el Plan de Dios que logra evidenciar la diferencia entre quienes queremos ser y quienes somos realmente. El juego de ilusión y realidad obliga a abrir los ojos cuanto antes. Si vivir de cara al mundo representa un gran problema, mayor será vivir de frente a la inmensa realidad de sostener la mirada del Padre desde nuestro propio abismo interior.

He aquí el dilema. Ser o dejar de ser. Avanzar sobre el filo de una nava-



GÉNERO ARTÍCULO:  
Habey HECHAVARRÍA PRADO

# SER CATOLICO (HOY) EN CUBA

ja sin que parezca suicidio. Morirse de risa ante la desgracia o morir de puro amor en pos de la existencia real.

## III – VIA CRUCIS DEL SER

Hace poco le oí comentar a un hermano sobre las veleidades mundanas que penetran en nuestra Iglesia de la mano de los feligreses, integrantes también de la comunidad social. El se refería a la “doble moral”, mientras yo pensaba en la hipocresía que nace del *miedo* al dolor, al castigo, al sufrimiento. Pensaba en la *mentira*, cual una alegoría que todo lo penetra y transfigura, produciendo extrañas alucinaciones y corrompiendo al alma y a su amor propio.

Razonaba, además, en tomo a dos peligrosas estaciones. El *egoísmo* que se desprende de un grito conocido -¡Sálvese el que pueda!-, estimula psicológicamente a la *violencia*, ahora entendida como energía frustrada. Ambas suelen emplear múltiples disfraces, y entonces les llamaremos autodefensa, temperamento, valor.

A partir de aquí sobreviene la respuesta; una actitud conciente en el mejor de los casos, cuando no irracional, descontrolada. Porque no son pocas las ocasiones en que volviendo del pecado, penetramos lugares peores. Será el caso de cierta actitud de “trascendencia” apoyada en cuatro peligrosas columnas: La *desconfianza*, el *pragmatismo*, la *indiferencia* y el *sensualismo* constituyen los pilares de mucha gente “inteligente” y “espiritual”, constituye la lógica del comportamiento de muchos de los que nos consideramos “salvados”.

## IV – LA LOCURA DE QUIEN ES Y PARECE SER

Tres o dos años atrás, acaso la memoria me esté haciendo un favor, mi hija mayor, vestida de pionera, cuidaba la urna de mi

circunscripción durante las elecciones del Poder Popular. De pronto, ella y otras niñas llegaron con alboroto a la casa para contarnos un desagradable suceso. Entre las lágrimas de Ana y la alteración del pequeño coro pioneril, logramos entender que una conversación sobre religión con cierto vecino -a quien no conocía- derivó en una inapropiada discusión.

Fuimos mi madre, un amigo y yo a dialogar con el vecino que resultó ser un anciano de recia compostura. No sé cómo nos enredamos en otra discusión. Esta únicamente serviría para que dicha persona repitiera las frases ofensivas e hirientes contra nuestras creencias que le dijo antes a las niñas, después de haber interrumpido la charla catequística en el medio del colegio electoral.

Puedo comprender la molestia del vecino, incluso la desazón ideológica que aquella charla le causara. Lo que nunca hemos podido aceptar es la irrespetuosidad y la arrogancia que lo condujeron al ataque.

En lo personal ya no valoramos esa anécdota. Pero en la sociedad persisten las condiciones que favorecen tales sucesos. Mi defensa ha consistido en permanecer en una locura que, haciéndome libre, me permite relacionarme de una manera más honda con mi época. Pues la dificultad esencial de mi país no es política, ni económica, o específicamente social, sino ética.

Estoy convencido del carácter efímero de la situación que provoca semejantes reflexiones. Yo también tengo fe en el mejoramiento humano, aunque ser católico sea hoy una deliciosa e inspirada locura.  $\Omega$